

Introducción

Hola a todos y a todas. Bienvenidas y bienvenidos al último encuentro de la Semana 13 de *Eyes on Gaza*. Cuando comenzamos a realizar estos encuentros diarios durante la guerra de Israel con Irán, actuamos con un sentido de urgencia, conscientes de la necesidad de mantener nuestra mirada enfocada en las atrocidades que ocurren en Gaza. Desde entonces, hemos seguido mirando de frente. Pero, ¿desde dónde miramos? ¿Dónde nos situamos como espectadores, incluso aquellos que nos oponemos a lo que se desarrolla ante nosotros? A menudo, nuestra mirada se posiciona como un rechazo. Mirar significa resistir, declarar que estas atrocidades no se cometen en nuestro nombre.

Sin embargo, en gran medida, todos estamos implicados, somos cómplices de la destrucción continua. ¿Cómo afecta este hecho —cómo la propia ubicación de nuestra mirada, así como nuestra capacidad de dirigir la mirada hacia la mirada misma— a nuestra capacidad para actuar, interrumpir, rechazar? Hoy recibimos a la Profesora Ayelet Ben-Yishai, quien ha hecho de "Ojos sobre Gaza" lo que es, y cuyo trabajo académico y activista encarna la conexión intrínseca entre el pensamiento y la acción. Ayelet es profesora de literatura inglesa en la Universidad de Haifa, y tenemos la suerte de contar con ella como colega y amiga. Su investigación se sitúa en la intersección de la literatura, el derecho, la cultura y la historia. En estos días, está trabajando en los significados políticos de estar involucrados o ser cómplices involuntariamente —la cuestión de la 'complicity'. Ayelet hablará hoy sobre esta cuestión. Le damos las gracias y esperamos tu intervención con interés.

Intervención

Gracias, Lior e Ido. Un saludo para todos los presentes y para quienes nos acompañan habitualmente. Voy a ser breve con los agradecimientos porque, como es costumbre, tengo mucho que decir. Así que entraré directamente en materia. Solo quiero mostrar una imagen y luego continuaremos. En la gran manifestación en Sakhnin, hace aproximadamente un mes y medio, fotografié a una mujer palestina que llevaba una pancarta con una afirmación y un lema: “*Silence is complicity – speak up for Gaza!*” (¡El silencio es complicidad – Alza la voz por Gaza!). Hasta cierto punto, creo que todos estamos hoy aquí precisamente por ese llamado. Estamos aquí para romper la espesa niebla de silencio que cubre lo que se hace en nuestro nombre y con nuestras manos en Gaza. Una niebla que se cierne sobre nuestros medios de comunicación, nuestra sociedad, nuestras universidades, nuestros sistemas sanitario y judicial, e incluso sobre nuestras propias protestas y nuestra oposición al gobierno. Ya hemos hablado mucho aquí en "Ojos sobre Gaza" sobre el silencio. Hoy quiero centrarme justamente en la cuestión de la *complicity*, un término que no tiene traducción al hebreo pero que escuchamos cada vez con más frecuencia. La palabra *complicity* proviene del latín *complicare*, que significa *to be folded with* (estar plegado con). Es decir, describe una situación en la que no somos nosotros, personal o activamente, los que hacemos algo malo de manera intencionada, sino que estamos enredados en esa injusticia a través de una asociación estructural, por el hecho de pertenecer a un colectivo.

Así somos cómplices en todo tipo de injusticias: como ciudadanos de un estado, como contribuyentes, como usuarios de los recursos agotados de la tierra, como poseedores de privilegios, o incluso como beneficiarios de injusticias pasadas. Por ejemplo, ¿soy cómplice si heredé un apartamento que fue comprado o entregado a mi abuelo tras la expulsión o el despojo de otros? ¿Acaso mi universidad alcanzó su grandeza con fondos provenientes de antiguos dueños o comerciantes de esclavos? Es una pregunta con la que lidian muchas universidades en Estados Unidos e Inglaterra; o, simplemente, ¿tuve la suerte de nacer en el lado favorable del capitalismo? En apariencia, el discurso de la *complicity* es importante porque, como sugiere la pancarta que mostré, nos impulsa a la acción. Para distanciarme de mi *complicity* debo actuar, hablar,

manifestarme, renunciar y desconectarme. Así, por ejemplo, varias organizaciones judías estadounidenses del tipo “NOT IN MY NAME” buscan cortar la forma en que el Estado de Israel las “pliega” dentro de sus actos de ocupación, despojo y crímenes de guerra, mientras pretende actuar en nombre del judaísmo o de los judíos en el mundo, o contra un antisemitismo real o fabricado. Lo mismo vale para quienes se marchan del país porque no están dispuestos a ser parte de estas injusticias, y también para quienes dicen: “I am not my government”, una consigna que al menos ganó tracción en Facebook.

El problema, por supuesto, es que quien abandona el país quizá limpia su conciencia, pero no resuelve la injusticia. Los residentes de Gaza siguen siendo asesinados y muriendo de hambre a un ritmo incomprensible, incluso si “yo no soy mi gobierno”. Los cautivos, israelíes y palestinos por igual, siguen pudriéndose en túneles y celdas, y la limpieza étnica en la Franja y en Cisjordania sigue galopando. Otro problema con el discurso de la *complicity* es que muy rápidamente se convierte en un discurso de pureza moral. En esta visión, el mundo se divide en dos: los que son cómplices y son los malos, y los que no lo son y son los buenos. Esos buenos, los que están “en el lado correcto de la historia”, como decimos. Este discurso también se centra en el estatus moral de los victimarios y no en la injusticia en sí, es decir, en detener el genocidio.

Lo que yo propongo, en cambio, es abordar el problema de la *complicity* como un problema político —“¿qué debo hacer?”— en lugar de como un problema moral —“¿soy de los buenos o de los malos?”—. Por ejemplo, suelo decir que, como israelí, ya nací en el lado equivocado de la historia, y parece que también moriré en ese lado equivocado. Esas son las cartas que me repartieron, y estas cartas también me otorgaron privilegios no menores. Después de terminar de deprimirme por estar en el lado equivocado de la historia, surge la pregunta política realmente importante: Dado que estoy condenada a vivir mi vida en el lado equivocado de la historia, ¿qué hago con todos estos años, con toda esta vida en el lado equivocado? Como estoy hoy aquí, podrán entender que mi respuesta no es nihilista. Es decir, no creo que si todos somos cómplices, entonces no hay nada que hacer y se acabó. Por otro lado, tampoco quiero generarnos a todos sentimientos de culpa paralizantes. Al contrario, sostengo que la dificultad de la complicidad, el que sea un enredo que no se pueda desatar, es también su punto de fuerza. En mi investigación y en mi activismo, trato de usar mi complicidad como una herramienta política, como una llave para intentar entender cómo y dónde puedo actuar en el mundo para reducir las injusticias en las que estoy enredada, y no para salvarme a mí misma de la corresponsabilidad en el agravio. Esto requiere observación y aprendizaje, *staying with the trouble*, como dice Donna Haraway. Permanecer con las cosas más difíciles, aquellas que no podemos resolver o borrar. En lugar de huir de ellas, o reprimirlas, debemos dirigir nuestra mirada hacia ellas —¡hola, “Ojos sobre Gaza”!— y aprender cómo funcionan, no como algo que está fuera de nosotros, sino precisamente como algo en lo que estamos enredados. Creo que la forma en que estamos enredados encierra en sí misma las formas en que podemos actuar. Creo que esta es la mejor manera de aumentar el bien y la justicia en el mundo. Y creo que es importante aumentar el bien y la justicia en el mundo, o al menos reducir la injusticia tanto como nos sea posible.

Quiero terminar con dos ejemplos, o dos ideas. Como miembros del profesorado, también somos *cómplices* de los agravios de la universidad. La universidad, al igual que el estado, ejerce una gran cantidad de poder y violencia para mantenernos en un estado permanente de conmoción, de trauma, de impotencia y de pesar profundo —somos muy buenos en el pesar profundo. Intentamos sobrevivir y protegernos a nosotros mismos y a lo que más queremos, y así, sin saberlo o desearlo, nos rendimos ante una realidad que nos parece inevitable. Nos hemos vuelto expertos en identificar las formas en que “todo está perdido”, las formas en que somos impotentes. Pero tenemos poder. La sociedad israelí ha depositado en nuestras manos un privilegio enorme, o al menos en las de algunos de nosotros, que es la *tenure* (estabilidad laboral). Si la usamos solo para preservar nuestro poder y estatus personal, entonces, como el sistema legal frente a los crímenes de guerra, pecamos contra aquellos que nos concedieron ese puesto para decir la verdad sin miedo. Y por eso debemos

usar nuestra *tenure* para desafiar el discurso que asfixia y restringe, para mostrar a quién silencia, a quién margina, qué convierte en ilegítimo y qué tipo de sociedad y cultura produce. Debemos realizar acciones visibles, para mostrarles a nuestras estudiantes que hay quien está de su lado, que no están abandonadas. Por encima de todo, tenemos el deber no solo de analizar la situación existente, sino también de señalar otras formas de pensamiento y de hacer presente en la sociedad el lenguaje de un pensamiento alternativo.

La filósofa Charlotte Knowles sostiene que quizás no tenemos responsabilidad sobre cómo entramos en un estado de *complicity*, ya que estamos *plegados* en él, y tal vez tampoco tengamos la capacidad de resolver la injusticia, pero sí somos responsables de aceptar la situación existente como la única posible y de no prepararnos activamente para la posibilidad de que las cosas puedan ser de otra manera.

Terminaré quizás con el ejemplo más importante en este momento. Los israelíes, nosotros, hablamos constantemente de la santidad de la vida, pero en la práctica santificamos la vida de forma selectiva. Siempre se divide en dos bandos, el de nosotros y el de ellos. Esta selección, o esta selectividad, nos anula a nosotros y a nuestra humanidad, y nos ha llevado hasta el día de hoy a que la vida valga menos que nunca. Así, por ejemplo, de manera trágica, la lucha por la vida de nuestros cautivos se anula a sí misma cuando se niega a incluir la vida de todos. Porque una sociedad que ha entrenado a su corazón para ser insensible ante la muerte de decenas de miles de gazatíes, se queda atónita ante el hecho de que la vida de sus propios ciudadanos también se haya vuelto barata, que todos nos hayamos convertido en víctimas potenciales en el altar de la agresividad, el militarismo, el honor nacional, la supervivencia del gobierno y la santificación de la tierra. Resulta que bastante rápido y con facilidad se llega a sacrificar incluso a judíos en el altar de la supremacía judía.

Pero se puede imaginar – y hay quienes insisten en hacerlo – imaginar una lucha por el regreso de los cautivos, o por derrocar al gobierno, que sitúe la vida de todos, entre el Jordán y el mar, en un mismo plano y en el centro del escenario. Hablar de la vida como valor supremo es fácil. Entender que no se trata de eslóganes vacíos y de una entrega al *kitsch* de la muerte, exige un cambio de conciencia profundo y una acción política perseverante. Pasar del eslogan "Not in my name" al eslogan "Yes in my name, and therefore I must resist" ("No en mi nombre" a "Sí, en mi nombre, y por lo tanto debo resistir").

Espero que este sea el pensamiento que estamos desarrollando aquí en "*Eyes on Gaza*" y que esta sea nuestra acción política. Es importante, es terriblemente difícil, pero no tenemos otra opción.

Gracias.